

El poder del aprendizaje centrado en el estudiante

Traducción y adaptación de la transcripción del video "The power of student-driven learning: Shelley Wright at TEDxWestVancouverED"¹

He enseñado unos 14 años y, durante la mayor parte de mi carrera, me consideraba una docente muy tradicional. Así era mi aula: mis estudiantes se sentaban en hileras rectas mirando hacia el frente, porque yo era quien normalmente hablaba. Yo dirigía el espectáculo: decidía qué íbamos a aprender, cuándo lo íbamos a aprender, cómo lo íbamos a aprender, cuáles serían las tareas, qué libros leeríamos, cuándo sería el examen... pues, por supuesto, siempre había un examen. En esencia, yo era la "dueña del universo", en una escala muy pequeña. Y, para ser honesta, enseñaba de esa manera porque era lo que conocía. Era como me habían enseñado a mí. Cuando pienso en mi etapa escolar, tanto en primaria como en secundaria, recuerdo que fue así como aprendí. Incluso en la universidad, aunque me estaba formando para ser docente, la enseñanza era básicamente la misma. Francamente nunca se me ocurrió que pudiera existir otra forma de hacerlo. Simplemente repliqué lo que había visto en las aulas de los docentes con los que trabajé durante mi formación.



No fue hasta mi maestría, cuando estaba estudiando un posgrado en Tecnología Educativa y Diseño, que algo cambió. Llevé un curso con el Dr. Alec Kos, y esa clase cambió mi vida. Mientras la llevaba casi me mata, pero me transformó. No era realmente sobre tecnología —aunque al mismo tiempo sí—, era sobre pedagogía. Empecé a aprender sobre el aprendizaje centrado en el estudiante, el constructivismo, la indagación, el aprendizaje basado en proyectos. Y por primera vez me di cuenta de que, tal vez, mis estudiantes podían construir su propio aprendizaje, que el aprendizaje se construye en comunidad y que, quizá, ellos podían estar en el centro de ese proceso. De repente tendrían algo que decir al respecto.

Un día, camino al aula, decidí dejar de lado mi sesión planificada. Y eso no era algo que yo solía hacer. No era una docente que le gustara improvisar. Yo siempre sabía exactamente hacia dónde íbamos. Mientras caminaba hacia el podio —porque era docente de ciencias y tenía mi pequeño podio, símbolo de ser la "dueña del universo"— pensaba: "No tengo que hacer esto, tengo mi clase preparada, puedo darla y nadie lo notará". Sin embargo, al mirar a mis estudiantes al frente, les dije: "Si pudieran diseñar la escuela para que fuera exactamente como quieren, ¿cómo sería? ¿Qué se escucharía? ¿Qué vería yo? ¿Qué se sentiría? ¿Qué estarían ustedes haciendo?". Cuando se dieron cuenta de que hablaba en serio, empezaron a escribir. Escribieron y escribieron, reían, conversaban, y lo hacían con pasión. Luego empezamos a conversar. Y, aunque no lo dijeron de forma directa, el mensaje era claro: "No nos molesta que

¹Puede consultar el video en este enlace:
<https://youtu.be/3fMC-z7K0r4?si=iVQnZelpCfFMHKG1>

dé clases magistrales, pero quizá no tanto. ¿Podemos sentarnos en el suelo y escuchar lo que los demás tienen que decir?”



Así que reconfiguramos el aula. Dejamos un gran espacio en el medio, armamos pequeños espacios de trabajo en los bordes, y siempre nos sentábamos en círculo para conversar. En ese proceso descubrí que mis estudiantes querían marcar una diferencia. Justo entonces habían estado aprendiendo sobre las guerras en Uganda, sobre cómo los niños eran obligados a ser soldados y cómo las escuelas habían sido destruidas. Y ellos querían hacer algo. Yo les dije: “Bueno, necesitamos investigar, saber con qué estamos lidiando, qué realmente puede generar impacto”. Al día siguiente fuimos al laboratorio de cómputo. A mitad de la clase, una estudiante se acercó y me dijo: “Sé que la investigación es importante, pero ¿podemos hacer algo de verdad?”. Ella había encontrado un concurso llamado Schools for Schools. Empezó a hablarme con entusiasmo, enumerando rápidamente todos los detalles: cómo funcionaba, qué objetivos tenía, qué había que hacer. Hablaba tan rápido que parecía que no le alcanzaban las palabras. Mientras ella me lo explicaba, yo ya había abierto la página web, rellené nuestros datos y, en el mismo instante en que terminó de hablar, presioné Enviar. Le dije: “Ya estamos inscritas”. Ella se quedó mirándome sorprendida: “¿De verdad?”. “Claro que sí”, le respondí. Entonces se dio vuelta hacia la clase y gritó emocionada que ya éramos parte del concurso. Todos comenzaron a celebrar, a enviar mensajes de texto, a contarle a otros. Yo pensé: “Esto será genial. Recaudaremos unos miles de dólares, mis estudiantes sentirán que han hecho algo importante, será estupendo”.

Al día siguiente volvieron y me dijeron: “Señorita Wright, hemos decidido una meta: queremos recaudar 10 000 dólares”. Por dentro pensé: “¡Dios mío! ¿Tienen idea de cuánto dinero es eso?”. Pero por fuera dije: “¡Fantástico! ¿Cómo piensan lograrlo?”. Me explicaron una idea de colocar frascos para reunir monedas por toda la ciudad. Y acepté que era un buen inicio. Pronto entendí que cuando algo nace de los estudiantes, ya no se queda dentro de las paredes del aula, sino que cobra vida propia: ese fin de semana, en un centro comunitario de nuestra ciudad, ellos conocieron a jóvenes de Uganda que habían estudiado en escuelas reconstruidas gracias a esa misma organización. Los escucharon contar cómo sus vidas habían cambiado, hablaron con ellos, los miraron a los ojos. Esa experiencia los marcó profundamente. El lunes regresaron y me dijeron: “Hemos decidido cambiar nuestra meta: ahora será 20 000 dólares”.

Así comenzó una montaña rusa de 45 días. Hicimos frascos de monedas, una cena con subasta, un concierto benéfico (que fracasó porque coincidió con un partido de fútbol canadiense decisivo), incluso una parrillada en pleno invierno con -40 °C. Algunas cosas salieron muy bien, otras fueron un desastre. Pero lo que más me marcó fue ver cómo algunos estudiantes se transformaban. Quien recorrió la ciudad para conseguir todos los objetos para la subasta era el más callado de la clase. Era algo tan fuera de su zona de confort que me conmovió profundamente, pero lo hizo porque creía en esa causa.



²School for Schools es un programa de recaudación de fondos creado por la organización sin fines de lucro Invisible Children Inc. El programa anima a estudiantes y escuelas del mundo occidental a competir creativamente para recaudar fondos que se destinan a la reconstrucción de escuelas en el norte de Uganda.



Al final, en 45 días lograron 15 000 dólares. Yo sentía orgullo, aunque también un poco de decepción porque no alcanzamos los 20 000. Pero la historia no terminó allí. Los chicos habían creado equipos de finanzas, de relaciones públicas, de recaudación. Algunos habían dado entrevistas en la radio. El locutor, que conocía su meta, ese día pidió a la audiencia que los ayudara. Y la gente respondió. En pocas horas el monto subió a 19 000 dólares. En la fiesta de cierre en San Diego, la organización compartió la historia en vivo y pidió más apoyo. Al final, mis estudiantes habían recaudado 22 800 dólares.

Ese día aprendí a creer en mis estudiantes, a confiar en lo que les importa profundamente, y a quitar los obstáculos para que lo hagan realidad. Más importante aún: ellos aprendieron a creer en sí mismos. Descubrieron que pueden marcar la diferencia. Durante los 45 días tuvieron un lema: "No somos el futuro, somos el ahora". Aprendieron que existe un mundo mucho más grande que ellos, con personas que también se preocupan por esas causas, y experimentaron la generosidad de desconocidos que los ayudaron a alcanzar un objetivo que anhelaban con el corazón.

Nuestras escuelas deben ser lugares que enciendan el corazón de los estudiantes, que les permitan descubrir sus pasiones, perseguirlas y hacer una diferencia. Porque muchas veces, si les damos la oportunidad, los estudiantes superan nuestras expectativas.



Referencias bibliográficas

Wright, S. (2013, 13 de junio). The power of student-driven learning [Video]. TEDxWestVancouverED. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=3fMC-z7K0r4>